

Anotemos una estrofa de inspiración pluvial, en torno a esa lluvia que azota los árboles y que se cuela hasta las entrañas terrícolas, quizás para sorprender el misterio de los subterráneos laboratorios, en donde se gestan las maravillas del mundo vegetal:

“Trencé su cabellera entre nosotros,
anudando el hijo en las entrañas secas.
Manché la piel de los cachorros esperados,
alargué las manos y pinté las cerezas.”

Con su reciente libro, Efraín Barquero se afinca en la tierra de los poetas, cuya voz desciende desde las verdaderas entrañas del canto. Se opone, así, a quienes piensan la poesía desde las zonas de la inútil verborrea.

Su poesía, rural y ciudadana, elemental y trascendente, no sigue los rumbos de otros poetas nacionales. Aunque la rima esté ausente, una música interior, un ritmo sutil les da un halo de gracia poética. Quizás fuera interesante evocar la figura del poeta francés Paul Claudel, creador de un ritmo nuevo, fundado en los procesos de la respiración humana. Pero este recuerdo no supone una posibilidad de completa identificación.

Vicente Mengod.

*

Mientras Amanece, por Eugenio Matus.

Editorial Alfa, Santiago, 1960

Hay en la literatura confesional de algunos escritores jóvenes, un marcado tono de desencanto, de tristeza. La vida resulta incomprensible, llena de injusticias, mortificaciones, de absurdos. El muchacho capta en los demás, y hasta en sí mismo, un accionar, un modo de desenvolverse que no corresponde al propio esquema idealizado que ha concebido acerca de las cosas y de los hombres. Llega un momento en que todo pierde significación y es capaz de exclamar: “Nada me importa ni nada me interesa” (“El Huésped”). Se sume en una oscura desilusión integral y lucha entre abandonarse a la resignación, o irrumpir irra-

cionalmente contra el "concertado" ambiente que lo rodea y comportarse como energúmeno iconoclasta, revoltoso, estridente, libre de convencionalismos y de cualquier atadura hipócrita.

"En cuanto a mí, no creo que valga la pena agregar nada. Mi vida continúa igual: gris, vacía, sin objeto. Antes, no sé por qué, suponía que mi vida debía tener algún sentido y, quizás un poco inconscientemente, me esforzaba por encontrarlo. Hoy me inclino a pensar que no. ¿Por qué habría de tenerlo? Es una pretensión un tanto absurda. Mi vida es tan limitada y tan estúpida como la de la mayoría de los hombres. No tiene en realidad por qué ser de otro modo. El único remedio posible es la resignación."

El párrafo transcrito es el penúltimo de *Mientras Amanece*, de Eugenio Matus. Tal como aquél de Margarita Aguirre, citado más arriba, sirve de amargo colofón al relato de una vida adolescente cruzada por los sinsabores y las decepciones. El protagonista, David, ha vivido su infancia bajo la rigidez algo estulta y cerril de una casa parroquial. El cura Facundo, al cual llama tío, espera que él también llegue a convertirse en sacerdote. Pero, cuando con los primeros ardores de la pubertad, David se siente impulsado a otra vida, ajena al celibato, al apostolado y a la medianía clerical, abandona los estudios y la parroquia. Empieza a trabajar. Crece. Enfrenta las iniciales experiencias amorosas. Conoce un prostíbulo. El ambiente de pensión. Una amante. Un empleo rutinario. Compañeros mediocres, "vida gris, vacía, sin objeto". Todo esto narrado con sordina, sin intensidad, sin patetismo, escuetamente.

La literatura chilena más reciente ofrece numerosas expresiones, tanto de los problemas juveniles como de los estragos provocados por las tareas burocráticas. Aunque algunos escritores ostenten en sus obras visibles influjos de las corrientes pesimistas que prevalecen, principalmente, en la narrativa norteamericana, ello no significa que tales influjos, adventicios en apariencia, no correspondan en verdad a actitudes desvalorativas auténticas.

Se trata, en general, de autores que, provenientes de las capas medias, han advertido durante su niñez y juventud la quiebra de los valores de la sociedad semiburguesa y semifeudal, en cuyo seno han sido conformados. Incapaces, con frecuencia, de comprender la necesidad social de ir a la superación de esta bancarrota, se refugian en un individualismo con visos de rebeldía, pero específicamente egoísta.

Dicho de otra manera, tal individualismo se origina en las mutiladoras presiones de toda laya que el sistema económico mercantil y las supervivencias coloniales ejercen sobre su sensibilidad aguzada por una educación que, por otra parte, vive el drama de servir heterogéneos intereses clasistas. El muchacho se ve aislado, frustrado, en combate sin fin contra fuerzas ciegas, implacables... Busca el remedio y cree encontrarlo en una "independencia" soberbia, traducida ya a través de una masoquista o resignada soledad, o del tremendismo vocinglero, "anti-burgués", "antioficial". Semejante actitud, silenciosa o gritona, pasiva o agitada, es, en todo caso, su reacción defensiva frente al medio hostil.

Diversos escritores jóvenes se han acercado, con mayor o menor decisión, a las fuerzas proletarias en ascenso; pocos, y sólo en forma parcial hasta ahora, denotan haber encontrado en ellas, en sus luchas y en su porvenir, "un sentido a la vida", tierra para afirmar los pies, ojos para entender el mundo y energías para contribuir a su transformación. Allí están José Miguel Varas, Luis Vulliamy, Waldo Atías, Edesio Alvarado, Luciano Cruz, Félix Alarcón y uno que otro más. Margarita Aguirre, por su parte, lucha tenazmente, a fin de superar las estrecheces de sus antiguas concepciones.

Algo similar a esta última escritora parece ocurrirle a Eugenio Matus, el cual finaliza su novela de la siguiente manera: "Sin embargo, y esto es una contrariedad, no he conseguido resignarme. Absurdamente mantengo todavía una esperanza; una insensata, una loca, una injustificada esperanza, que no siquiera sé en qué consiste."

La desintegración total, la desesperanza total difícilmente se produce en el hombre, mucho menos en el joven, pues lo impide la vida misma. No se ha producido en David, por tanto, y así lo reconoce el novelista; pero, sí, es indudable que atraviesa o ha atravesado una atonía vital, un apaciguamiento ensimismado, introvertido, egocéntrico, doloroso y reacio a la expresión. La novela lo dice: es la novela de un muchacho con experiencias nada novedosas, pero contadas por él contenidamente, frenadamente, atenuadas casi todas las vibraciones pasionales. Y Matus, escritor que se inicia con un extraordinario sentido de la síntesis, del equilibrio, del lenguaje literario, entrega sólo a medias, como con vergüenza, lo que es producto de una fuerte vocación de escritor. Todavía contempla la vida con prevenciones y temores, a tanteos, cual si quisiera saltar y se arrepintiera en el momento en que ya no puede detenerse. *Mientras Amanece* es —lo sugiere el título— un

paréntesis, un balance tristón y pudoroso, pero enfocado hacia adelante, impelido por “una loca esperanza”.

Matus ha querido ser sincero en su novela; no obstante, se ha fijado moldes que denuncian sus incertidumbres y, sobre todo, su timidez. Sabe dar profundidad y relieve a los caracteres, como lo comprueba ese admirable desfile que inicia el cura Facundo y termina la desventurada Soledad; sabe animar escenas y diálogos, inclusive los más triviales; sabe crear ambientes; sabe captar y expresar las rasmilladuras interiores, aun las de menor significación; sabe, en una palabra —que no nos pertenece—, “el oficio menor” del novelista; pero, entrabado por sus contradicciones internas, por su desorientación vital, por su indecisión, se le escurre “el oficio mayor”, el conjunto del relato que busca aprehender múltiples y palpitantes conexiones de una realidad, se le escurre la armazón cabal de la novela y ésta se transforma en una sucesión de tibios episodios autobiográficos, que dan una historia desvitalizada, débil.

Tal historia queda abierta, es cierto, pero el mismo hecho de que se interrumpa sin que el escritor hubiera inyectado el necesario dramatismo a su último eslabón (enamoramiento y muerte de Soledad), hace más notorio el desmayado acento de la narración toda.

A pesar de esto, conviene repetir, para terminar, que pocos escritores se inician con tal madurez en su criterio artístico, madurez que se traduce en técnica y lenguaje depurados, armoniosos, lo cual permite reconocer a un real artista, cuyos frutos serán excepcionales en la medida en que su proceso de afirmación frente a la vida alcance una etapa de mayor solidez y mayor seguridad.

Yerko Moretich

*

Terral, por Nicolás Ferraro.

Ediciones Alerce, 1959

Durante el auge salitrero surgieron, en plena pampa, rodeados de “oficinas”, diversos pueblos, cuya suerte fue convertirse en centros de actividades comerciales y administrativas, en fugaces estaciones de cansados y sedientos viajeros —estaciones llenas de hoteles, bares y posa-